

Por: P. Martirián Marbán

# María, en los cimientos de la Iglesia.

***“Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos”***

***(Hechos, 1,14).***

Era el tiempo de la alegría. Aunque no habían desaparecido los problemas porque la resurrección de mi hijo, Jesús, no cambió de inmediato los temperamentos de sus queridos discípulos y de las mujeres que le habían seguido desde Galilea a Jerusalén.

También notábamos que algo nos faltaba. Fue muy duro no poder ver, oír, ni tocar a Jesús y experimentar esa seguridad que nos transmitía estando en su compañía. Pocos recordaban que nos había dicho que su espíritu estaría con nosotros todos los días. Había un vacío interior y también exterior.

Volvían las discusiones y divisiones: que si Pedro era el más importante porque convenció a muchos de la resurrección de Jesús, que si María Magdalena era la primera entre las mujeres, incluso, entre los varones porque su amor a Jesús, apasionado y puro, le hizo intuir que la muerte de Jesús no podía ser el final y por eso la tacharon de histérica, visionaria y muchos insultos más, sobre todo por parte de Tomás, a quien se le reprochaba su terquedad para reconocer al Jesús resucitado, por más que él porfiaba, a su favor, que al fin le había reconocido con aquella famosa frase: “Señor mío y Dios mío”.

Yo discreta y callada, como siempre, hacía de madre sufriendo, esperando como lo había dicho Jesús nuestro bautizo en el Espíritu Santo.

Juan recordó cómo Jesús oraba intensamente y señaló que sus discípulos debían hacer lo mismo porque se acercaba la fiesta judía de Pentecostés, cuando celebrábamos las maravillas de nuestro Dios en los cuarenta años en los cuales nuestro pueblo estuvo en el desierto. Tal vez en esa fiesta se cumpliría lo dicho por Jesús, que seríamos bautizados en el Espíritu Santo. Pedro convenció a los apóstoles y demás varones para que se reunieran y oraran.

María Magdalena me consultó para incluir a las mujeres. José de Arimatea, que ya había perdido el miedo a ser discípulo

de Jesús, nos prestó la estancia superior de la casa que tenía en Jerusalén. Ahí nos reuníamos a orar y repasar nuestra vida junto a Jesús.

Yo tenía tantas cosas guardadas y meditadas en mi corazón: sorpresa, confusión y desconcierto ante el anuncio del nacimiento de Jesús, problemas con mi prometido José, que no podía comprender mi embarazo. Mis padres, por supuesto, tampoco, “vaya hija que nos ha salido, tan buenecita como parecía, y ahora debe morir apedreada por adúltera”, susurraban entre ellos. Sólo la prima Isabel comprendió algo y me llamó “bendita entre las mujeres”. Pero experimentar esa bendición en medio de tantos problemas fue difícil. Y cuando todo se iba arreglando, en el noveno mes de embarazo, tuve que viajar a Judea por el dichoso censo; allí no pude encontrar lugar para el parto. Y yo me preguntaba: ¿pero no hará el Altísimo algo por su hijo?, ¿me atenderá José en el nacimiento, él, tan buen carpintero pero capaz de confundir una toalla con un pañal?

Hubo sorpresas agradables como la visita de los pastores y de los magos, pero en seguida a preparar el pobre borrico y salir huyendo hacia Egipto para salvar la vida de Jesús del tirano Herodes. Luego, los largos años en Nazaret sin que se notase nada extraño, salvo aquella pérdida de Jesús en una de las visitas al gran templo de Jerusalén y su enigmática respuesta cuando lo encontramos: “¿No sabían que yo debía estar en la casa de mi Padre? ”.

Y cuando Juan comenzó a bautizar en el río Jordán, Jesús dejó la carpintería y se fue a bautizar también. Como José hacía años que había fallecido me quedé sola y casi desamparada, como las viudas de Israel.



Pero yo ya intuía que en Jesús había una presencia especial de Dios. Por eso, en la primera vez que con un grupo de seguidores volvió después de ser bautizado y fuimos a la boda de unos parientes en Caná, pronuncié aquellas frases que siguen siendo actuales: “Hagan lo que Él les diga”.

Después, nos enteramos de que andaba predicando por los pueblos, sanando enfermos y otras cosas maravillosas, seguido a veces por multitudes pero siempre por un grupo de dudosa reputación compuesto por discípulos y mujeres. Ello me confirmaba la divinidad de mi hijo, pues el Señor ensalzaba a los humildes, pero, a los ojos de mis parientes y vecinos, todo lo que se decía de Jesús era una locura y un desprestigio para Nazaret y la familia. Bastante mala fama teníamos ya como para añadir un nuevo motivo de burla y desprestigio: un guajiro sin formación, predicando por ahí, ¡qué insensatez!

Y un poco forzada pero también deseosa de ver de nuevo a mi hijo fui con ellos. Querían traerlo para el pueblo. No reproché nada a Jesús, le animé a seguir en lo que él llamaba la voluntad del Padre y comprendí que la familia de Dios sobrepasa los límites de la sangre. Le rogué que viniera a Nazaret a ver si se acallaban las críticas sobre él y me dejaban en paz pero fallaron mis previsiones. En los pueblos pequeños existe mucha mediocridad y el observar que sobresale uno de sus paisanos no lo soportan. A punto estuvieron de despearlo por un barranco. Como ya algunas mujeres se habían añadido al grupo de Jesús, no tuve dificultad para unirme a ellas y desde entonces estuve siempre con él. Dejé a mi querido Nazaret porque la vida allí se volvió asfixiante para mí.

Ya conocen ustedes la vida cotidiana de Jesús y sus discípulos. Siempre moviéndose de un lado para otro; perseguido muchas veces. Y las mujeres afanándose porque tuvieran qué comer, agua fresca para beber, lavarles las túnicas mientras dormían, sufriendo también las incomprensiones que veíamos en los propios discípulos. Nosotras, tan receptivas siempre, jamás dudamos de Él y le acompañamos hasta su muerte en cruz. En otra ocasión ya les contaré sobre mis sentimientos en la Cena Pascual hasta la Resurrección.

Y al fin llegó el Espíritu Santo y le dejó la palabra al evangelista Lucas quien narró, detalladamente, el nacimiento de la primera comunidad cristiana en los Hechos de los Apóstoles, capítulo 2 y siguientes.

Hoy, estoy muy contenta por lo que el Papa Francisco ha dicho sobre mí y las mujeres:

*“Una iglesia sin las mujeres es como el Colegio Apostólico sin María... Ya lo he dicho, pero lo repito. Nuestra Señora, María, era más importante que los apóstoles, que los obispos, los diáconos y presbíteros. La mujer, en la Iglesia, es más importante que los obispos y los presbíteros. ¿Cómo? Es lo que debemos tratar de explicar mejor, porque creo que falta una explicación teológica de esto”.*

*(Papa Francisco, en el avión de Río de Janeiro a Roma, Julio 2013)*

## EL ORIGEN DE LOS DICHOS.



### *“¿Quién te ha dado vela en este entierro?”*

Expresión familiar con que censuramos a una persona que se incluye en asuntos que no son de su incumbencia, o tome parte en un acto o conversación al cual no ha sido llamado.

Proviene de una costumbre española donde la familia del difunto daba velas a los amigos de este que acudían al entierro. En la partida de defunción de *El Greco* -pintor que falleciera en 1614- se dice, aludiendo a su familia: “Dio velas”.

### *“Salvarse por los pelos”*

Expresión que alude a librarse de algún asunto o hecho en el último momento.

En el libro *La vida española en el siglo XIX*, del escritor Fernando Díaz Plaja, encontramos que en 1809 se le ordenó a los miembros de la Marina española que se cortaran el pelo y ello originó una carta llena de quejas y no falta de sentido común, pues explicaba que el pelo largo les podía servir de enganche o agarradero en el caso de peligrar en la mar. La carta propició que se exonerara de ello a quien así lo deseara. También en 1809, los artilleros de marina le enviaron una carta al Rey donde exponían, entre otras cosas, que: ... “el Coronel había dado orden para que todos se cortaran el pelo, pero ellos sometidos, en cualquier momento, a riesgo de ahogarse y no teniendo pelo por donde comúnmente se favorecen asiéndose a él, se ven desazonados pues nunca a los marineros se les había cortado el pelo, que le puede servir de enganche o agarradero en caso de peligrar en su destino en la mar”... Esta curiosa carta originó la orden real del 26 de noviembre de 1809 en la que se ordenaba que no se obligara a cortar el pelo a los individuos de la Marina española.

### *“Armarse la de San Quintín”*

Se refiere al surgimiento de una riña o discusión violenta. Alude a la célebre batalla que tuvo lugar el 10 de agosto del año 1557, en la que el ejército español de Felipe II entró en Francia desde Flandes y atacó la Plaza de San Quintín, derrotando estrepitosamente al ejército francés, el cual sufrió diez mil bajas. En conmemoración de esta victoria, ganada el día de San Lorenzo, Felipe II hizo erigir el templo de San Lorenzo, El Escorial, una de las maravillas de la arquitectura española.